

Portrait of Grimau,
Paula Figueiroa Rego.
Calouste Gulbenkian
Museum, Modern Collection
Foto: Pedro Ribeiro Simões





LO QUE APRENDÍ DE KAFKA

CARLOS AGUDELO MONTOYA
Magíster en Literatura Universidad de Antioquia

Hay una mutación que los lectores enfrentan cuando deciden escribir: dejar de leer solo por gusto, de manera desprevénida, para hacerlo como escritor. Quien escribe constantemente, lee no solo para el goce o en momentos de ocio; se inmiscuye en la vida del otro para conocer todo lo que le sea posible, desde sus pensamientos más íntimos hasta la forma en la que lleva la vida literaria. Entre los diferentes autores que he leído, como escritor, está Kafka que, si bien es uno de los autores de los que más se habla, no debemos dejar de hacerlo, aunque en ocasiones caigamos en el cliché.

Lo primero que aprendí de Kafka: la escritura es una vocación. Por circunstancias de su vida no era posible dedicarle todo el tiempo a la literatura. Después de doctorarse en leyes, laboró entre 1908 y 1922 en el Instituto de Seguros para Accidentes de Trabajo, y solo dejó de hacerlo cuando la enfermedad se lo impidió. A pesar de cumplir una responsabilidad que le consumía la vida diurna y en ocasiones lo obligaba a viajar, logró construir una rutina de escritura. Aquellos que hayan trabajado viajando, saben que con el tiempo el cuerpo comienza a mostrar cansancio, se pierden la concentración y las energías para hacer algo diferente a la vida laboral. Kafka logró sobreponerse a esto y cada noche se sentaba frente al papel. Así nos cuenta en su diario: “Las diez, 15 de noviembre de 1910. No dejaré que me asalte el cansancio. Penetraré de un salto en mi narración, aunque me llene la cara de cortes”.

Esa disciplina tan difícil de sostener, más aún si recordamos sus quebrantos de salud, es un buen ejemplo a seguir. Yo no soy tan disciplinado, pero para terminar mi primera novela me propuse redactar una página diaria. Como no siempre logro hacerlo, llevo un registro en el que apunto las páginas pendientes debido a mis compromisos o al cansancio, de modo que cuando puedo sentarme frente al computador procuro pagar las deudas. Aprendí del autor checo que escribir es una decisión y es fundamental respetarla, asumirla igual a un trabajo, un compromiso que se debe cumplir a diario.

Lo segundo que aprendí es que no solo se debe trabajar en una novela, un cuento o un ensayo. Se debe hacer siempre y sobre diferentes temas y de variadas formas. Kafka llevó un diario durante casi toda su vida adulta. Hasta el momento nos ha llegado parte de lo que anotó desde mediados de 1910 hasta mediados de 1923. En sus diarios se encuentran comentarios a hechos sin importancia, reflexiones sobre situaciones que lo rodearon, variados ejercicios de estilo para encontrar la mejor forma de narrar un hecho, etc. Incluso llevó un diario de viaje.

Para Kafka la vida se responde a través de la creación literaria. Escribir fue parte de su alimento cotidiano. Además, no lo hizo para otros, escribía porque sentía el deseo de hacerlo, halló en la creación una forma de vida. En alguna de sus cartas confesó que la escritura era lo más importante para él, que todo lo demás (la familia, el trabajo, la pareja,

los amigos, etc.) eran distracciones frente a su intención creativa. Al imposibilitársele dejar el trabajo y abandonar a su familia, decidió no formar una propia. A pesar de intentarlo varias veces, siempre terminó por renunciar a dichos propósitos, aunque a partir de sus diarios y epístolas se podría definir como un enamorado compulsivo. Construyó, entonces, una definición de pareja de las que tomó las enormes contribuciones que le hacían a la literatura gracias a las terribles tensiones que generaban en el mundo de las ideas y de los sentimientos.

También hizo de sí un escritor nocturno, cuando en su casa dejaban de existir los ruidos familiares:

Por la noche, a las once y media. Tengo claro por encima de todo que estoy sencillamente perdido mientras no me libere de la oficina; se trata únicamente, mientras sea posible, de mantener la cabeza lo bastante alta para no ahogarme. La dificultad de eso, las fuerzas que me ha de exigir, se muestran en el simple hecho de que hoy no he observado mi nuevo horario de sentarme al escritorio de ocho a once de la noche, de que incluso en este momento no me parece eso una desdicha tan grande, de que he escrito apresuradamente estas pocas líneas solo para poder irme a la cama.

Tras leer la cita me parecen ridículas las múltiples excusas que me he inventado para justificar el no sentarme frente a la pantalla a escribir. Que el trabajo, que la vida social, que los compromisos, que el cansancio, etc., pierden valor cuando veo, gracias a Kafka, que todo lo demás no importa, que lo fundamental es escribir cada día, con tanto empeño que sean necesarias algunas líneas antes de ir a la cama.

En algún momento de mi vida tuve que preguntarme si mi propósito de escribir era más grande que el resto de mis convicciones; con el correr de los años la respuesta positiva se afirma con mayor decisión, entonces he asumido mi vida laboral como el precio que debo pagar para tener un techo donde vivir con mi hijo y mi pareja, y así crear con tranquilidad; la familia, por su parte, también ha padecido mi ausencia, por ello no me he escapado de alguno que otro reproche de mis padres y mi hermana.

Hasta aquí he hablado de las influencias externas a la creación literaria, aunque sus mayores enseñanzas son las que aplico para escribir narrativa. Lo primero, son sus narradores. Kafka creó varios de los mejores narradores en tercera persona de la historia de la literatura. La gran mayoría de sus obras están narradas desde una voz externa al personaje, pero con tanto conocimiento de los sucesos a los que este se enfrenta que el lector siente sus pensamientos. No los lee, los siente. Recordemos que el narrador en tercera persona con un conocimiento omnisciente era el predilecto de los autores hasta casi la mitad del siglo xx. No es Kafka su inventor, pero sí uno de los que mejor supo

aprovechar las ventajas de esta forma de narrar. El narrador en tercera persona permite un dominio de los hechos tan profundo que es tal vez el personaje, sin serlo, más importante de la obra. Si este narrador falla, el lector se pierde. Muy diferente al narrador en primera persona que permite dar rienda libre a la subjetividad del ser humano. El narrador en tercera persona es un total dominador, y en el caso de Kafka fue su mayor aliado al momento de crear. Por ello, cuando decido que un cuento o el inicio de una novela sean en tercera persona, recurro a la relectura de *El proceso* o *El desaparecido*. Sé que allí encontraré un claro ejemplo de cómo hacerlo mejor de lo que haría sin esa lectura.

De esta manera he llegado al mayor aporte del autor checo: la narración puede dedicarse a todo tipo de hechos, incluso a aquellos que serían juzgados por fantásticos, y que Kafka hace parecer como la situación más cotidiana de la vida. Es decir, Kafka hace de lo extraordinario algo natural, sin artificios, y te mete en la situación del personaje sin que el lector se pregunte si lo que está leyendo podría ocurrir de verdad, porque es tan apabullante la narración que sería tonto hacerse esa pregunta. Durante la lectura de *La metamorfosis* —*La transformación*, título que algunos proponen hoy en día— jamás me detuve a cuestionar si sería posible que una mañana me despertara convertido en insecto. La forma de presentar la situación que vive Gregor Samsa es igual de verosímil que una fila en un banco o una cena familiar. A cualquiera podría pasarle. Ahí está, a mi modo de ver, uno de los aprendizajes más grandes que puede tener un escritor.

Kafka nos recuerda que la escritura es cuestión de atrapar al lector, porque quien lee espera que la narración lo controle y lo saque de su cotidianidad por los minutos que está inmerso en la lectura. Si Kafka hubiera dado charlas sobre creación literaria, si en su vida hubiera alcanzado la fama que obtuvo después de la Segunda Guerra Mundial, uno de sus consejos sería: “Cualquier situación que seas capaz de imaginar puede ser narrada, muy bien narrada, siempre y cuando respetes al lector y la hagas verosímil; no debes darle la oportunidad al lector de preguntarse si está frente a un acontecimiento que pudiera pasarle a él, domínalo a través de una narración clara, sin adornos excesivos, porque lo fundamental es que el narrador transmita la angustia del personaje, no que diga que está angustiado”. O al menos es lo que imagino que dice cuando lo leo.

El lector atento sufre la angustia de Gregor Samsa, la de Karl Rossmann, la de K., la de Joseph K. y la de tantos personajes que Kafka sabe colocar en situaciones en las que, en lugar de decir, muestra. Esa enseñanza del narrador checo, al ser la esencial, la que ayuda de verdad a escribir mejor, la convierte en la más difícil de aprender. Porque no es siguiendo una fórmula ni imitando a Kafka que se aprende,

es escribiendo hasta hallar la voz propia, la poética personal, que se encuentra solo gracias al ejercicio constante de narrar. Escribir sin la esperanza de publicar, sin el deseo de que otros te lean, concentrado solo en la narración, en crear un mundo literario propio.

Con esto llego al último aprendizaje. Aclaro que los enumerados hasta aquí no son los únicos. Otros con interés en aprender de él, seguro encontrarán muchos más. Para mí, hasta este momento de mis lecturas, estos son las principales. Dejé para el final uno que es tanto o más difícil que el anterior. Este hombre escribió lo suficiente para generar un cambio en la literatura universal, pero en vida publicó poco. En vida no agotó los 250 ejemplares de *La metamorfosis*, y su propuesta estética no despertó gran interés en los editores. No obstante, Kafka continuó creando. Como fuera que haya ocurrido, es de conocimiento general que al final de su vida solicitó que sus textos fueran quemados, como el lector que fue, seguro había formado un criterio sólido sobre lo que es la buena literatura, y dudo mucho que no lograra ver en su obra la calidad con que había sido creada. Aún así siempre fue el mayor crítico de sus textos, pero muchos autores también lo son y aún así saben que la mejor forma de dejar un texto atrás es publicarlo. ¿Por qué continuar trabajando si sus textos no recibían la aceptación que desea entre editores, críticos y escritores? Y si estaba tan interesado en que su obra fuera quemada, ¿por qué no lo hizo él mismo?

Estas cuestiones no tienen respuesta, cualquiera que diga ahora será un supuesto sin fundamento. Solo él, solo Kafka mismo sabría las respuestas. No obstante, de esa anécdota he decidido aprender algo más: el ego del escritor no importa, lo importante es su obra. Y esta obra puede ser mejorada, se puede seguir creando así no se publique. Así las editoriales rechacen lo que les envías, no ganes concursos ni seas reconocido por tu trabajo. El escritor verdadero escribe porque necesita hacerlo para vivir, no para cobrar dinero ni obtener reconocimiento, lo hace para darle sentido a su existencia.

Dejando el ego a un lado, tal como lo hizo Kafka, será posible concentrarse más en el trabajo diario sin ser afectado por el mundo de afuera, el que no pertenece a la literatura. La humildad frente a lo creado. Pero no humildad sumisa, sino crítica. No todo lo que se escribe debe publicarse. Por eso al hablar de Max Brod siento siempre sentimientos encontrados. Como mejor amigo de Kafka debió respetar su deseo y quemar sus obras, pero si lo hubiera hecho no habríamos conocido esta obra trascendental y yo no hubiera aprendido lo que hoy les he contado. Así que tampoco habría escrito esto, ni ustedes estarían leyéndolo. De alguna manera, ese deseo no cumplido, ese irrespeto del amigo, es un ejemplo más de lo que hemos aprendido a llamar kafkiano. ■